

# LA ESTRELLA DEL TITANIC

El escándalo que  
marcó una época.  
Un amor de película.  
Un trágico final.

SHANA  
ABÉ



  
ESPASA

SHANA ABÉ

LA ESTRELLA DEL TITANIC

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Second Mrs. Astor*

© 2021 by Five Rabbits, Inc.

This edition is published by arrangement with Jane Rotrosen Agency  
Llc through Yañez, part of International Editors' Co. S.L. Literary Agency

© por la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-670-6525-1

Depósito legal: B. 1594-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

JUNIO DE 1907  
NEWPORT, RHODE ISLAND

La primera vez que lo vio, ella era poco menos que invisible: trece años, una colegiala de vacaciones, con el pelo chorreando de agua de mar, una sirena de rizos mojados y brillantes pegados a los brazos y la espalda. Estaba acurrucada en la arena gruesa y plateada de Bailey's Beach, con las piernas remetidas debajo del cuerpo, el gorro arrugado y tirado a su lado sobre la arena. La nariz le picaba por el calor, pero le daba igual, porque corría una brisa cálida y el sol era un punto glorioso en lo alto del cielo, y se habría estirado cuan larga era en su bañador para hacer un ángel de arena por poco que ese gesto hubiese sido decoroso en una chica de su edad.

Pero Madeleine no tenía cinco años; tenía trece. Y solo acababan de dar las once de la mañana —la única hora a la que las mujeres podían bañarse en las olas repletas de algas rojas—, y su madre estaba flotando en el agua, sin perderla de vista. Nunca la perdía de vista. Haberse quitado el gorro ya era transgresión suficiente.

Las gaviotas graznaban y pasaban veloces sobre su cabeza. Madeleine levantó el mentón y siguió sus círculos imperfectos con la mirada, las puntas dentadas de sus alas, esas sombras dragontinas recortadas en el cielo, girando y precipitándose en picado.

Unas niñas un poco más pequeñas que ella jugaban en la orilla y daban voces mientras se arrojaban arena y espuma las unas a las otras con los pies, demasiado timoratas para meterse del todo en el agua, pero también conscientes de que el agua fresca era irresistible para sus pantorrillas y sus pies desnudos. Casi armaban más jaleo que los pájaros.

Como Madeleine y todas las demás mujeres de la playa, esas niñas iban vestidas de negro. Enaguas negras, blusas camiseras negras con amplias mangas abullonadas, todo, desde el cuello a las rodillas, llegando incluso a las muñecas, quedaba rigurosamente tapado. Era como si, cada mediodía de verano, la orilla de aquella playa privada se convirtiera en el escenario de un nutrido aquelarre de brujas a la moda y empapadas de la cabeza a los pies.

Un par de alazanes tiraban con paso remiso de un carruaje por los largos arabescos de algas que la marea alta había dejado sobre la playa. Unos criados de librea azul saltaron del carruaje y desataron unos bultos misteriosos de las correas de cuero en la parte trasera. Maddy se volvió y observó a esos hombres —a los que en teoría no se permitía estar en la playa en ese momento, aunque solo eran sirvientes, así que no pasaba nada— montar rápidamente una tienda de rayas color azafrán, que guarnecieron con una alfombra, una silla de mimbre y una mesa plegable, antes de volver al carruaje para ayudar a bajar a la arena a una solitaria dama.

Tenía el pelo blanco y era jorobada. Guiñó los ojos con visible desagrado al verse expuesta a la repentina y deslumbrante claridad del día, pero la llevaron tan deprisa al interior de la tienda que Maddy apenas si tuvo tiempo de atisbar el brillo de la pedrería negra de su vestido y el broche de granates que llevaba prendido del pecho. En cuanto la dama se hubo sentado, una doncella despeinada por el viento comenzó a vaciar un cesto para servirle la comida.

—¡Eh! —susurró una voz al oído de Maddy, acompaña-

da del sonido de un cuerpo que se sentaba a su lado en la arena gruesa de la playa.

Madeleine echó un vistazo a su hermana mayor (aunque no llevara el gorro, el sol no había tostado su rostro sonriente), y luego volvió a mirar a la mujer sentada en la tienda color azafrán.

—¿No te deja patidifusa? —preguntó Katherine arrastrando las palabras, al tiempo que se echaba hacia atrás para apoyarse en los brazos y observaba el mar incansable que se extendía ante ellas—. ¿De verdad no te amilana?

—¿Debería hacerlo? —repuso Maddy.

—Sí, claro que sí, pequeñaja. Esa mujer es la señora Astor. La mismísima señora Astor. Como te atrevas a mirarla a los ojos te convertirás en una estatua de piedra. ¿O es en una columna de fuego? ¡No, espera! Te expulsarán de los salones de la alta sociedad y morirás como una solterona vieja y arrugada. —Fingió un escalofrío exagerado, sin perder la sonrisa—. ¡Una tragedia!

Madeleine sabía, desde luego, quién era la señora Astor. Todo el mundo lo sabía. Simplemente era la primera vez que la veía en persona; los Force y los Astor no se movían en los mismos círculos sociales. Maddy siempre se había imaginado a la matriarca de lo más granado de la sociedad neoyorquina como una mujer que se había vuelto nervuda, despiadada y fuerte con los años, dotada de una sonrisa de puñales afilados y las uñas de un señor de la guerra.

No así. No esa anciana achacosa y rechoncha que se escondía del sol y tomaba bocaditos cuadrados de langosta que su doncella le servía en un plato de porcelana con ribetes dorados.

—¿Y quién es ese? —preguntó ladeando la cabeza hacia un hombre con sombrero que avanzaba a grandes trancos por la arena, de camino a la tienda. (Saltaba a la vista que no era un criado, pero nadie le cerró el paso.)

—Ah —respondió su hermana, en un tono que transmi-

tía secretismo y superioridad al mismo tiempo. Se quitó con el dedo una hebra de alga medio seca que tenía en el muslo—. Ese, querida mía, es su hijo, el coronel.

«Oh», pensó Maddy.

Era un hombre apuesto. Había oído que lo era, pero solo eran chismorreos que corrían por su escuela, y *apuesto*, en la jerga de las alumnas, podía significar también «un hombre que no moquea todo el rato», «no del todo calvo todavía» o «no tan gordo como su caballo».

Pero el coronel John Jacob Astor, caballero, inventor y héroe de guerra, era apuesto en un sentido más vetusto y aguileño, muy semejante a su padre, aunque, después de pensarlo mejor, no se parecían en absoluto, porque el coronel era rubio y su padre canoso, tenía bigote y su padre no, era atlético y alto, y su... En fin, que no había punto de comparación. Como se movía tan deprisa, Maddy solo alcanzó a verlo bien un momento, pero lo que vio —lo que recordaría durante el resto de su vida de esos escasos segundos de brisa cálida en esa agreste playa de Rhode Island— fue que el coronel sonreía mientras caminaba hacia su madre. Que conquistaba la arena sin aparente esfuerzo, elegante y decidido. Y que, por un instante brevísimo, él volvió la cabeza, reparó en su mirada y la vio, allí en la playa, no muy lejos.

Y entonces, por un momento, le dirigió una sonrisa a *ella*.

Fue como si un dardo de luz lanzado por el sol del verano hubiese penetrado en el corazón de Madeleine. Un dardo dulce, maravilloso y terrible, que le hubiese atravesado el corazón.

Y luego desapareció, engullido por la tienda. Alguien desató el dosel de la entrada y, con un aleteo, volvió a cerrarse: solo quedaron las rayas blancas y azafrán, y las gaviotas graznando en el cielo.

—Maddy —dijo su hermana, poniéndole una mano en el brazo—. Estás rarísima. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella. Se incorporó y se pasó una mano

por la frente. Se chupó los labios y notó el sabor de la sal y la arena que había penetrado implacable en cada uno de sus poros y pliegues—. Estoy fresca como una rosa.

La segunda vez que lo vio, Madeleine no resultaba invisible. Tenía diecisiete años e iba envuelta en plantas: tallos de hiedra, guirnaldas de rosas plisadas, radiantes nubes de cestillos de plata (lo más parecido que encontró el director de escena a unas flores de ruda, que por desgracia no había), todo ello tejido en sus trenzas de pelo castaño oscuro. Cantaba enloquecida, haciendo piruetas de vez en cuando por el escenario para que la falda se le levantara revelando las elegantes botas nuevas que se había comprado para la representación.

Era Ofelia —la trágica y desconsolada Ofelia—, y en los ensayos había cantado sus versos trastornados y tristes hasta quedarse afónica. Tuvo que descansar un par de días para poder hablar de nuevo sin tener la voz ronca.

«Ya se ha ido, ya está muerto, muerto ya, señora mía. Verde hierba a su cabeza, a su pie una piedra fría.»

Tras varias semanas de ensayos, la Sociedad de la Liga Juvenil tuvo el honor de representar *Hamlet* en Bar Harbor en dos únicas veladas (el teatro del Casino siempre había sido un sitio popular y, al fin y al cabo, lo habían reservado para la ocasión), y esa era la segunda de las representaciones. En el estreno del día anterior Madeleine temblaba de nervios, pero esa noche se sentía mejor: era una criatura compuesta de farolillos que resplandecían al rojo vivo en torno a un rostro maquillado con pinturas mantecosas, colmado de poesía y canciones. Los tacones de sus botas pisaban tan ligeros sobre el escenario que, a veces, tenía la sensación de estar flotando.

Más allá de las luces que delimitaban el proscenio, debajo de las arañas apagadas de vidrios de colores empla-



mados, se sentaba silenciosa y anhelante la fiera que era el público. Salvo alguna tos amortiguada, o el destello sutil de diamantes en pendientes y collares, la fiera era invisible e inaudible. Estaba ahí sin estarlo del todo, anónima. Por lo menos hasta que se pusiera en pie para aplaudir.

Pero...

En su tercera pirueta («Me juraste que tu esposa me harías hecho. Por el sol que me alumbra lo hiciera»), lo vio. Madeleine no entendía cómo podía haberle pasado por alto ese hombre; estaba en las primeras filas de la platea, muy cerca del centro. Un demonio o un fantasma no podría haberse materializado entre las sombras con la rapidez que lo hizo él. Con las manos entrelazadas sobre el regazo, el coronel Astor mantenía la mirada fija en ella. En la media luz que proyectaba el escenario, los planos de su rostro reflejaban un resplandor sombrío y severo.

La punta de una de sus botas rascó el escenario y Madeleine tropezó. Presa de un súbito silencio, se dio la vuelta y, al mirar hacia el fondo del escenario, se dio cuenta de que todos los miembros del reparto la contemplaban con gesto expectante.

Seguro que le tocaba hablar a ella. Su mente era un lienzo blanco y hormigueante.

Miró a sus compañeras con impotencia, sintiendo con una fuerza cada vez mayor el bramido de la sangre en los oídos.

En la parte trasera de la platea, alguien estornudó una, dos veces.

Dorothy Cramp, una envidiosa a quien le había sentado tan mal que Madeleine se hubiera hecho con el papel de Ofelia que había amenazado con abandonar la Liga, le echó una mirada fulminante desde debajo de la corona de hojalata del rey Claudio.

—¿Cuánto tiempo ha estado así? —repitió Dorothy, mordiendo cada palabra.

El hormigueo en el cerebro de Madeleine se disipó. Recordó la canción, el baile enloquecido, lo que tenía que hacer. Recitó los versos siguientes y luego salió bruscamente del escenario envuelta en una tormenta de pétalos y hojas. El resto de la obra lo pasó espíandolo desde detrás de una rendija en el telón derecho.

Después de la ovación final, que incluyó el lanzamiento de varios ramos de flores, actrices y equipo se reunieron en los camerinos, armando jaleo y riendo. El atrezo estaba amontonado en vacilantes pilas; muchachas esbeltas ataviadas con pelucas y pantalones se daban alegres empujones, abandonando sus espadas de madera y sus abultados chalecos, dándose abrazos y besos mientras se decían las unas a las otras que la obra había salido perfecta y espectacular y que el año siguiente se atreverían con un Molière o con un Marlowe y que todo el mundo caería rendido a sus pies.

Accidentalmente, Madeleine chocó hombro con hombro con Dorothy y sonrió —en parte una disculpa, en parte un desplante—, pero Dorothy no le hizo caso y se alejó.

Junto a la puerta envuelta en terciopelo de la platea se encontraba la señora de Ogden Mills, una matrona tan voluminosa y formidable que Madeleine no recordaba haberla visto ni una sola vez sin al menos cuatro ristras de perlas colgadas del cuello, a cualquier hora del día. Entre todo el jaleo y la confusión de los momentos posteriores a la obra, la mujer permanecía inmóvil como una estatua de cementerio. Incluso sumidas en la alocada felicidad de haber triunfado con la obra, ninguna de las debutantes de la Liga Juvenil se atrevió a acercarse demasiado a ella.

—Señorita Force —dijo la señora Mills, enarcando las cejas e inclinando la cabeza hacia el hombre que, también inmóvil, se encontraba ligeramente detrás de ella—. ¿Conoce ya al coronel?

Por supuesto que no se lo habían presentado. De hecho, ni siquiera había celebrado su puesta de largo aún, y no había motivo alguno para que alguien como John Jacob Astor IV se hubiera fijado en ella.

No se había quitado las hierbas de la desquiciada Ofelia. De su vestido se iban desprendiendo pétalos mustios y hojas arrugadas. El pelo se le estaba soltando de las trenzas. Los cestillos de plata caían sobre sus hombros, de uno en uno, en diminutos estallidos de estrellas blancas. Una mirada furtiva a un pequeño espejo rectangular sujeto a un bastidor del fondo del escenario le ofreció la imagen de sus ojos azules con el lápiz corrido, su piel cubierta de pintura blanca, las mejillas y los labios todavía pintados de rojo sangre.

El coronel miró en la misma dirección y reparó en el espejo. A Madeleine empezaron a picarle los pómulos a causa del calor.

—Jack —continuó la señora Mills, impasible y serena—, me gustaría presentarte a la señorita Madeleine Force, hija de William y Katherine Force, de Brooklyn, desde hace poco domiciliados en Manhattan. Esta noche la has visto interpretando a Ofelia. Madeleine, el coronel John Jacob Astor.

No tenía más alternativa que tenderle la mano. Él se la aceptó, estrechando sus dedos firmes y calientes sobre los de Madeleine.

—Encantado de conocerlo —dijo ella débilmente.

—El gusto es mío —respondió él con suavidad.

Fue como si la vista le fallara y no pudiera verlo, a pesar de tenerlo delante. Más que verlo, sentía su presencia; el resplandor cálido y bronceado de su tez, la astuta curvatura de su boca, el aire de un hombre que sabía lo que quería, sin verse importunado por el deseo, ya que le bastaba con tocar algo para hacerlo suyo.

Madeleine se sintió como si tuviera trece años de nue-

vo, como si hubiera regresado a esa playa de rocas desnudas, a ese momento en el que sus miradas se encontraron y la sonrisa del coronel parecía ir destinada solo a ella.

En algún punto cercano a su hombro izquierdo apareció un destello de luz que apenas duró un instante, pero ella no se volvió para ver qué era.

—Ha estado soberbia esta noche —dijo el coronel al tiempo que le soltaba la mano.

Ella reprimió el deseo de pasarse la mano por el vestido para deshacerse del cosquilleo que sentía en la palma.

—Me temo que podría haberlo hecho mejor.

—Pues no veo cómo —repuso él, y, tras saludar con la cabeza a la señora Mills, se dio la vuelta. Un segundo después había desaparecido, engullido por la multitud.

La señora de Ogden Mills dirigió a Madeleine una mirada incisiva. Madeleine compuso una sonrisa tensa, murmuró una palabra de agradecimiento y se retiró, despacio y aliviada, fundiéndose de nuevo con el grupo de chicas de la Liga Juvenil.

Mucho más tarde, al cabo de varias horas, mientras yacía insomne en la cama, mirando las nubes plateadas por la luna que se sucedían como una cascada en su ventana, Madeleine entendió que el destello de luz en las bambalinas seguramente había sido el flash de magnesio de un fotógrafo, capturando el momento en que el coronel Astor le había tomado la mano por primera vez.